

El Lenguaje de la Historia. Una investigación sobre la filosofía analítica de Wittgenstein, Danto y White.

Blanco, María del Rosario, Bentolila, Héctor Rodolfo.

Cita:

Blanco, María del Rosario, Bentolila, Héctor Rodolfo (2017). *El Lenguaje de la Historia. Una investigación sobre la filosofía analítica de Wittgenstein, Danto y White. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/432>

El Lenguaje de la Historia. Una investigación sobre la filosofía analítica de Wittgenstein, Danto y White

BLANCO, María del Rosario
(UNNE-Historia)

BENTOLILA, Héctor Rodolfo
(UNNE-Filosofía)

PARA PUBLICAR EN ACTAS

Introducción

Se ha discutido internamente sobre el interés de la filosofía analítica en cuestiones historiográficas o de filosofía de la historia, y también en temas sociales o antropológicos en general, como la faceta más endeble de su extenso e impresionante desarrollo durante la segunda mitad del siglo XX. No obstante, mirando ese desarrollo desde la perspectiva del *giro lingüístico* de los estudios históricos, y desde la discusión historiográfica actual sobre la capacidad de las oraciones del discurso para referirse al pasado; o del historiador, para hablar razonablemente, o para narrar de manera creíble los eventos que sucedieron hace tiempo, la importancia de la filosofía analítica en clarificar el lenguaje de la historia cobra entonces una nueva luz. La prueba más palpable de ello es el compromiso de muchas de las investigaciones históricas recientes con enfoques, métodos y procedimientos analíticos de comprensión lingüística o pragmática de la experiencia del pasado. En este sentido, cabe destacar la relevancia metodológica del cambio de perspectiva meta-histórica que supone reemplazar el estudio de las fuentes o documentos históricos por el análisis de las **formas** literarias y **usos** del lenguaje con que los historiadores traman una determinada manera de contar lo sucedido. Al atender a las configuraciones lingüísticas de las experiencias del pasado, en lugar de fijarse en las experiencias mismas, los historiadores han podido deshacerse al fin del prejuicio historicista de la creencia en lo dado y liberarse de la pretensión metafísica o fundacioncita de algunas filosofías de la historia que intentan capturar por detrás de las interpretaciones del acontecimiento histórico, algo así como las condiciones de una experiencia humana del pasado que esperara ser descubierta.

En los últimos años del siglo pasado y en las primeras décadas del nuestro, las teorizaciones meta históricas en torno a los límites del discurso o de los lenguajes históricos para dar cuenta de las experiencias pasadas sirvieron para poner de manifiesto, en muchos aspectos, la incapacidad de historiadores y filósofos de la historia para dar con experiencias reales de eventos que ya sucedieron -de manera pre-lingüística-, por fuera

de aquellas que resultan construidas en la práctica misma de la investigación histórica o en las controversias interpretativas sobre diferentes maneras de narrar lo acontecido. Sobre este punto, la filósofa de la historia, Verónica Tozzi, ha aprovechado la celebración de los cuarenta años de la publicación de *Metahistoria* de Hayden White para caracterizar la perspectiva lingüística de los estudios históricos promovida por este como “pluralismo conversacional”. En su opinión, ese pluralismo se opone a la perspectiva experiencial de los partidarios de una experiencia pura, anterior al lenguaje, que oficiaría de fundamento a la diversidad interpretativa de opiniones sobre el pasado, y, por ende, como criterio último de justificación del juicio verdadero por alusión a una “referencia narrativa” al evento histórico; referencia previa e independiente de cualquier utilización o empleo del lenguaje con la que se confrontarían las narraciones históricas. Pero este modelo o paradigma *Presence* historiográfico presupone una concepción semántica referencialista del lenguaje y una visión reduccionista de la experiencia que ha sido profundamente cuestionada por la filosofía analítica del segundo Wittgenstein y por los pragmatismos clásico y contemporáneo de Mead o Dewey hasta Bernstein. En ambas críticas se inspiran las posiciones historiográficas narrativistas y constructivistas como las de A. Danto y H. White, por ejemplo.

Ahora bien, haciendo propio el término de “pluralismo conversacional”, que Tozzi emplea para nombrar la filosofía de White, nosotros consideramos que los lenguajes de que nos valemos para narrar historias o para intervenir en las conversaciones acerca del pasado, demandan del historiador, o del filósofo de la historia, tanto una **perspectiva pluralista**, para “ver” y “captar conexiones” lingüísticas, como una **metodología analítica**, para abordar las formas pragmático de configuración de las fuentes históricas. Encontramos indicaciones metodológicas e historiográficas sobre este tema en la *Filosofía analítica de la historia* de Arthur Danto (1965; 1989) y en la discusión *meta histórica* abierta por Hayden White en torno al **lenguaje de la historia** (1973; 1992) o los usos narrativos que promueve *El texto histórico como artefacto literario* (1978; 2003). Pero a nosotros nos interesa, sobre todo, más en línea con la filosofía wittgensteiniana, explorar algunos puntos de contacto entre el programa meta histórico de investigación de White, por un lado, y la metodología pluralista de los juegos de lenguaje y las formas de vida inventada por el segundo Wittgenstein para disolver problemas filosóficos diversos. En este sentido, seguimos la lectura de uno de los interpretes actuales más importantes del segundo Wittgenstein, P. M. Hacker, quien en el uno de sus ensayos sobre *El enfoque antropológico y etnológico de Wittgenstein* (2011) sugiere considerar dicho enfoque

como un ejemplo de “*historicismo sin historia*” en el marco del análisis gramatical de los usos sociales del lenguaje en los contextos prácticos en los que se habla o se dice algo con sentido acerca de nuestra propia historia natural.

Por último, creemos que al juntar la interpretación de las observaciones etnometodológicas y cuasi-históricas del segundo Wittgenstein hecha por Hacker y algunos puntos de vista meta-históricos derivados de Danto y, sobre todo, de White -en el cruce de filosofía del lenguaje y teoría de la historia- se clarifica el juego de lenguaje historiográfico. Esto es, se muestra el sentido de los actos de habla en la conversación histórica y las reglas que seguimos al participar en ella desde diferentes tramas o figuras narrativas. Lo que vemos y captamos allí como historiadores no son sino solo “ideales” o “géneros” lingüísticos como **objetos de comparación** entre las posibles maneras de hablar o contar el pasado. En lo que sigue, entonces, nos proponemos desarrollar este punto de vista, exponiendo, primero, nuestra propia lectura del historicismo sin historia de Wittgenstein según Hacker, y comparándolo, luego, con la respuesta de Danto al carácter no verificacionista de los enunciados narrativos de la historia y con la mirada meta histórica de White, y su consideración de los tropos o géneros literarios como artefactos de figuración de la experiencia pasada para dirimir interpretaciones diferentes.

Wittgenstein, un *historicismo sin historia* como condición de figuración de la experiencia pasada

Aunque Wittgenstein no se ocupó expresamente de cuestiones historiográficas o de filosofía de la historia, las obras de su segunda etapa, contienen una serie de observaciones o recordatorios gramaticales relativos a las conductas lingüísticas en las que están involucradas diversas formas de hablar del pasado o de referirse a temas históricos. De este modo, en las *Investigaciones Filosóficas*, por ejemplo, Wittgenstein nos invita a ver las descripciones gramaticales de los juegos de lenguaje y las formas de vida como “observaciones sobre la *historia natural del hombre*; (...) constataciones de las que nadie ha dudado, y que sólo escapan a nuestra noticia porque están constantemente ante nuestros ojos” (415). Con esta perspectiva, en las *Observaciones sobre la Rama Dorada de Frazer*, el filósofo denuncia también el sinsentido del lenguaje del historiador antropólogo al referirse a las culturas antiguas como expresiones primitivas de un desarrollo histórico positivo. Por el contrario, Wittgenstein señala que, en su explicación de la historia, el historiador puede ver los datos “en su relación mutua y sintetizarlos en un modelo general sin que esto tenga la forma de una hipótesis sobre el desarrollo

temporal” (*ORDF*: 65). Ahora bien, en relación con este tipo de ver, Wittgenstein observa que cuando hacemos filosofía, esto es, cuando vemos o describimos el uso de signos lingüísticos en juego de lenguaje diversos empleamos también un enfoque etnológico, aunque eso no quiera decir que explicamos la filosofía como etnología, sino solamente que “tomamos un punto de vista exterior para poder ver las cosas más objetivamente” (199). Por otra lado, agrega que uno de “sus métodos más importantes es imaginar el transcurso histórico de la evolución de nuestros pensamientos de modo distinto a como fue. Al hacerlo así, -sostiene- el problema nos muestra un aspecto del todo nuevo” (*CV*: 1940, 201).

En este punto, cabe recordar la influencia que tiene sobre sus observaciones históricas la filosofía de la historia de Spengler, a quien Wittgenstein cita en más de una ocasión. Pero, como dice Bouveresse (2006) al analizar esta circunstancia, más allá de cuanto el primero influya sobre el método del segundo, subsiste un desacuerdo fundamental entre ambos que se refleja en la utilización que ellos hacen de los conceptos históricos¹. En efecto, Wittgenstein cuestiona en todo momento el intelectualismo de Spengler al señalar que su posición al comparar periodos históricos distintos se entendería mejor si hubiera comparado “diferentes períodos culturales a la vida familiar”: así, pues, “dentro de una familia existe un parecido familiar, pero entre los miembros de distintas familias también existe un parecido; el parecido familiar se distingue del otro parecido de esto o aquel modo, etc.” (*CV*: 1931, 73). Por tanto, al describir períodos o edades históricas diferentes *no* actuamos como científicos indagando las causas de su origen ni intentamos explicar la situación actual por la referencia a un ideal que nos hemos fijado previamente como cree poder hacer el autor de la *Decadencia de Occidente*, sino que, al contrario, *usamos el ideal* como “un objeto de comparación –una medida por así decirlo– en nuestra consideración, en vez del prejuicio al que debe conformarse todo” (2006: 69) Esta consideración creemos que es suficiente para entender de qué manera el análisis gramatical wittgensteiniano propone una *vía no dogmática* de comprensión de la historia que se hace cargo, al mismo tiempo, del punto de vista que aplica reconociendo la relatividad del ideal desde el cual se interpreta y se habla del pasado.

Desde otro punto de vista, las conclusiones a las que llega Wittgenstein mediante las descripciones o elucidaciones conceptuales del lenguaje histórico pueden examinarse en analogía con los usos del lenguaje en la ciencia y, especialmente, en la filosofía que lo

¹ Para una lectura más profunda de esta opinión cfr. la sección 3 del capítulo II de la obra citada, págs. 83-94

tiene por objeto. Nuevamente, comentando la actitud de Wittgenstein hacia historia y la filosofía de la ciencia, Bouveresse ha señalado que, para el filósofo vienes, “el curso de la historia sigue siendo, hoy como ayer, fundamentalmente imprevisible e incontrolable” (90). Por tal razón, para Wittgenstein la evolución de las sociedades y los cambios históricos son “el resultado de deseos, esperanzas, creencias, rechazos y aceptaciones que no tienen nada de científico y cuyas consecuencias esperadas son tan diferentes de las que se producen, como lo es el sueño de la realidad” (90-91). Es por eso que para él no hay al fin nada “más tonto que el parloteo acerca de la causa y el efecto en los libros de historia; nada más equivocado, ni menos pensado. Pero ¿quién podría detenerlo por decirlo?” (CV: 358).

De esta manera, seca y lapidaria, Wittgenstein quiere prevenirnos contra el *absurdo* de aquellas teorías de la historia que intentan subsumir las acciones únicas y particulares de hombres concretos en leyes generales suponiendo de este modo, que el historiador puede acceder de alguna manera misteriosa a la esencia de los acontecimientos que busca explicar. Pues, si bien cada acción o conducta humana del pasado puede haberse desarrollado en una dirección o en otra, su sentido se comprende no buscando causas sino viendo cómo se desarrollaron las acciones en los contextos en los que tuvieron lugar, esto es, indagando las *razones* que nos permiten entender el juego de lenguaje y la forma de vida en la que se inscriben. La comprensión histórica sucede cuando aprendemos a ver todas las posibilidades de un suceso y a reconocer los *movimientos* en el juego de lenguaje en que el mismo tuvo lugar; solo entonces captamos el sentido histórico de lo que deseábamos entender y podemos introducirlo en la conversación diciendo: “ahora lo comprendo”, “Ah! Ahora si lo entendí”. En otros términos, cuando podemos saber por qué pasó lo que pasó y por qué no habría podido ser de otra manera. Por ende, cuando podemos ubicar la acción pasada en un espacio de inteligibilidad reconocible por los juegos de lenguaje compartidos socialmente y por las jugadas o movimientos permitidos por la gramática de dicho juego, pero también, cuando podemos al mismo tiempo comparar esas jugadas con otras posibles y semejantes.²

En relación con este modo de presentar el análisis, Hacker ha interpretado la observación de Wittgenstein sobre la manera etnológica de considerar las cosas en la actividad filosófica como expresión radical de un poderoso *punto de vista historicista*, solo que, en su opinión, se trata esencialmente de un tipo de historicismo sin historia.

² Una investigación en esta dirección se puede consultar también en Tomasini Bassols, A. (2012) *Filosofía Analítica: un panorama*. México: Plaza y Valdes, 203-220

Desde dicha posición, los conceptos empleados por diferentes grupos sociales en juegos de lenguaje y formas de vida distintas son descriptos como producto de la interacción social, por tanto, como respuesta a necesidades compartidas, de la inventiva y del descubrimiento, de intereses comunes a los que se apeló en circunstancias variables de la vida social y que evolucionan de modos idiosincrásicos variados en diferente tiempo y lugar (24). Ahora bien, si adoptamos el enfoque etnológico del historicismo sin historia de Wittgenstein se puede aclarar el malentendido de las propuestas historicistas tradicionales como las Hempel, ya que tanto su afán positivista por explicar los hechos históricos por medio de una ley universal bajo la cual se busca conocerlos, como el lenguaje objetivo usado para ese fin se descubren como juegos de lenguaje que operan en el *vacío*. Por tanto, como juegos de lenguaje surgidos a partir de un *uso impropio* del lenguaje histórico y de la incompreensión del funcionamiento de los conceptos que empleamos cuando hablamos de actos pasados e intentamos comprenderlos. La intención de reducir la singularidad del evento histórico en la objetividad universal del hecho o la explicación por causas hacen que el historiador pierda de vista la variedad de las acciones lingüísticas que articulan el sentido del juego para cada jugador en cada jugada; en cada movimiento realizado en el juego de lenguaje de cada época. Este sentido del juego, precisamente, no es universalizable y el historiador que lo comprende opera con un criterio historicista describiendo las *jugadas* o movimientos del juego de lenguaje como jugadas posibles, frente a las cuales siempre pueden imaginarse otras. Y pese a que todas están emparentadas por *aires de familia*; todas son jugadas realizadas en un contexto práctico y temporalmente determinado, ninguna de ellas, sin embargo, pertenece a *una sola historia*, universal y única. De ahí que el historicismo sin historia de Wittgenstein tampoco admita idea alguna de la historia, no porque no haya historias contingentes dentro de las cuales cada acción social o individual pueda cobrar sentido, sino porque no podemos representarnos un *proceso universal* sustantivo sobre el trasfondo del cual referir todos los actos humanos, a menos que deseemos suponerlo como un juego de lenguaje ideal. Pero entonces nos habremos inventado un *mito* tranquilizador al precio de no dar sentido a los lenguajes históricos particulares.

Danto y White, de las oraciones narrativas al pluralismo conversacional como modelo meta histórico de figurar las interpretaciones realistas en disputa

A diferencia de Wittgenstein, Danto y White se han dedicado expresamente a cuestiones historiográficas y, entre ellas, a resolver problemas relacionados con el

conocimiento de los eventos pasados y con la posibilidad de hablar o discutir sobre la realidad del discurso histórico, sobre todo, en la medida en que este último pueda ofrecer o no una figura realista del pasado. Para White esto es posible a partir de los recursos lingüísticos que intervienen en la construcción o producción del relato histórico y que, según la tesis que sostiene en *Metahistoria*, provienen del campo literario constituyéndose así, los tropos básicos de la metáfora, la metonimia, sinécdoque y la ironía, en los esquemas configuradores del evento histórico sobre el cual hablan los historiadores.

Ambos, sin embargo, se sitúan con Wittgenstein en el centro del giro lingüístico y, por tanto, hacen del análisis del lenguaje el centro de sus investigaciones conceptuales. Así pues, ellos desplazan del interés filosófico, tanto histórico, como epistemológico o semántico, la preocupación por explicar los hechos, estados de cosas o eventos pasados y, en su lugar, dirigen su atención principal al análisis del lenguaje en el que se habla de las cosas, se describen experiencias realizadas por otros o se declaran las vividas por uno en el presente. De ahí que, los tres autores compartan el mismo *pathos* anti metafísico y anti experiencialista que los hacen el blanco principal de las críticas de los representantes del *giro experiencial* o hacia la experiencia de las últimas décadas. Por razones de tiempo, no podemos dedicarnos a tratar esas críticas y las respuestas que, particularmente Danto y White elaboran contra ellas; pero, no obstante nos gustaría recordar dos posiciones defendidas por estos autores frente al expansionismo escéptico, por un lado, que amenaza con suprimir el significado del discurso histórico, arrojando dudas sobre el conocimiento del pasado y relativizando las afirmaciones de los historiadores, y frente al experiencialismo fenomenológico hermenéutico, por otro lado, que pretende encontrar un punto intermedio entre la realidad histórica y el lenguaje en una enigmática experiencia paralingüística donde referir en última instancia el sentido de las diversas narraciones sobre la realidad histórica. En los dos casos, la alusión al segundo Wittgenstein y su concepción pluralista del análisis del lenguaje es inevitable. Ya sea en la distinción entre los actos de habla en primera y tercera persona como criterio diferenciador del uso expresivo o descriptivo del lenguaje; ya sea comparando los “acuerdos generalizados respecto a ciertos datos (fechas, nombres, desenlaces, etc.)” que el historiador conoce en primera persona, por así decirlo, con las “variaciones respecto a su lectura, porque hay perspectivas diferentes” en tercera persona (Tomasini, 219). O simplemente, porque reconocemos que en “los asuntos humanos”, como indica Tozzi citando a Ascombe, “la referencia es performatividad y autorreferencia” y, en consecuencia, solo hay juegos de

lenguaje o configuraciones realistas del pasado, pero nada por fuera de ellos que nos diga cuál es el juego verdadero o la configuración realista de interpretación adecuada.

En su obra ya clásica *Filosofía Analítica de la Historia*, A. Danto nos muestra que, frente al escepticismo de Russell y su sugerencia de que sea lógicamente posible que el mundo haya sido creado hace cinco minutos con todos nuestros recuerdos, o ante la imposibilidad para el relativista de dirimir hasta el final las razones o causas que explican un determinado evento histórico, -la batalla de Waterloo, en la que sabemos que Napoleón perdió, o el cruce de los Andes por ejército del Gral. San Martín-, por ejemplo, las oraciones históricas tanto enuncian el interés del historiador como se refieren al evento pasado. En cuanto tal, ellas exhiben un sentido doblemente histórico: por un lado, hablan o dicen algo de lo que se espera una evaluación en tanto verdadero o falso, por otro lado, lo que dicen es ello mismo un suceso que tiene lugar en la historia. Pero sobre este punto, Danto nos recuerda que la disolución del pseudoproblema del historiador escéptico o relativista depende, en estos casos, de no confundir las dos formas de relación de lenguaje y realidad, o, en términos wittgensteinianos la distinción entre “expresar, informar, dar a conocer” en primera persona algo, y “describir una conducta contextualizada y significativa” (219) en tercera persona. Nuevamente, como dice Tozzi citando a Danto, se trata de no confundir “el *en soi*, desde dentro, de un periodo: que la realidad histórica está compuesta en parte relevante por las *representaciones* sostenidas por quienes pertenecen a él y viven sus vidas en términos de ellas y el *pour-autri* desde fuera” (50).

Desde otro punto de vista, H. White, en su obra *Metahistoria* y casi en el mismo espíritu del Wittgenstein de las *Investigaciones* o de los *Aforismos* citados más arriba, ha subrayado “el hecho de que una vez embarcados en el análisis de cualquier tipo de escrito” debemos tener en cuenta las formas en que el uso de diferentes códigos “nos *capacita tanto como nos limita* aquello que puede decirse acerca del mundo” (110). Por tanto, nuestro conocimiento del pasado no depende tanto de la posibilidad de retroceder de algún modo -sin que sepamos bien como- por detrás de los lenguajes usados en cada caso -o juegos de lenguaje- hacia una experiencia prelingüística de la realidad pasada, sino, por el contrario, está condicionada por las formas como se traman o figuran las relaciones entre las diversas interpretaciones realistas en conflicto (218). Estas formas remiten, según Tozzi a un “pluralismo conversacional” que permea toda la obra de White. En tal sentido, ella sostiene refiriéndose a Keith Jenkins, uno de los discípulos de White, que “la topología whiteana” constituye un “estrategia para capturar la naturaleza refiguradora de las controversias historiográficas: toda historia es reescritura del pasado y toda reescritura

es no solo refiguración y apertura sino promoción de otras nuevas e insospechadas refiguraciones” (219). No podemos dejar de trazar aquí, pues, un paralelo entre el pluralismo de White y el del segundo Wittgenstein, en el sentido en que, también este pone de manifiesto en incontables ocasiones la necesidad de inventar nuevos juegos de lenguaje, de imaginar otros recorridos posibles a los seguidos hasta el momento, en una palabra, a ensayar nuevos movimientos en los juegos de lenguaje, distintas formas de vida. Como dice en Aforismos: “Nada es más importante que la formación de conceptos ficticios, que nos enseñaran a entender los nuestros” (422, 137).

Conclusiones

Nos proponíamos en este trabajo, pensado a partir del cruce de filosofía del lenguaje e historiografía, ofrecer una lectura del enfoque etnológico propuesto por Wittgenstein como característico de la filosofía que inaugura en su segunda etapa y, al mismo tiempo, indagar en el sentido del *historicismo sin historia* que, según Hacker, se desprende de su filosofía pluralista. Lo hacíamos con la intención de relacionar dicho enfoque y la concepción pluralista de la filosofía con el interés historiográfico de Danto por hallar una respuesta histórica frente al escepticismo y subjetivismo cognitivo respecto del pasado, pero también queríamos relacionar el historicismo sin historia de Wittgenstein con el programa meta histórico de investigación de White, en tanto que al promover nuevas maneras de pensar el pasado se acerca al sentido comparativo de analizarlo según un ideal que consideramos en cada momento como genero de figuración de la experiencia para dirimir interpretaciones diferentes.

Creemos que el objetivo está logrado, al menos en parte, pues en el recorrido trazado ha podido quedar claro la conexión entre los filósofos mencionados respecto de su visión de la historia y de las teorizaciones sobre las experiencias y conocimientos del pasado. Por otro lado, en los tres autores el lenguaje de la historia se reveló anclado en las prácticas de investigación histórica o gramatical como un recurso al que el historiador apela para la configuración o reconfiguración realistas de interpretaciones en conflicto. En este sentido, aunque sin dudas esta primera aproximación al tema tratado no cubra todos los aspectos en torno a la experiencia histórica y la posibilidad de hablar sobre ella, podemos decir que hemos llegado a una caracterización primera de la perspectiva historiográfica del giro lingüístico o narratológico a través de dos de sus representantes más importantes.

Bibliografía

- HACKER, P. M. S. (2011) “El enfoque antropológico y etnológico de Wittgenstein” en *Antropología de Wittgenstein*. Jesús Padilla Gálvez (ed.) Madrid: Plaza y Valdés
- TOMASINI BASSOLS, A. (2012) *Filosofía analítica: un panorama*. México: Plaza y Valdés.
- TOZZI, Verónica (2009) *La historia según la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo
- TOZZI, V., BENTIVOGLIO, Julio (Comp.) (2016) *Hayden White: cuarenta años de Metahistoria. Del “pasado histórico” al “pasado práctico”*. Buenos Aires: Prometeo
- WITTGENSTEIN, Ludwig (2004) *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Crítica
- WITTGENSTEIN, L. (2007) *Aforismos. Cultura y Valor*. Madrid: Austral